

VELADAS LITERARIAS

Hace algunos años me hallaba de paseo en una de las haciendas más bellas, al sudoeste de Bogotá, situada en la parte baja de esa gran mesa inclinada que, según todas las probabilidades, se formó por el aplanamiento repentino de aquella parte de la cordillera oriental, en uno de tantos cataclismos como han trastornado la frágil tela de araña sobre la cual vive el género humano muy tranquilo: trastornos cuyos efectos nos revelan las antiquísimas páginas de ese libro abierto que se llama la costra o superficie de la tierra.

Los que saben la noble y culta hospitalidad que dispensaron siempre a sus huéspedes los dueños de aquella hacienda, podrán figurarse los días de placer que allí pasamos cinco personas que nos hallábamos en ella, a saber, una señora de Bogotá con sus dos hijas, un joven distinguido y muy estimable, pariente de los dueños de casa, y el que estos apuntes escribe.

El paseo a pie o a caballo; el baño en el espumoso río que baja por entre cafetales y limoneros, como el Rin por entre las vides que lo circundan; las visitas a las hermosas huertas que rodean la casa, llenas de multitud de árboles frutales, cuidados con el mayor esmero; y todo ello sazonado con la grata y amena conversación de nuestros anfitriones, nos hacía pasar deliciosamente el tiempo. Pero no se limitaban a esto nuestros goces: queríamos que el espíritu tomase también su parte en estas fruiciones inocentes, y así, cuando después de caer el sol volvíamos a la casa, y nos sentábamos en los anchos corredores a tomar el fresco, mientras las luciérnagas y cocuyos revolaban al rededor nuestro, y las chicharras nos obsequiaban con sus tenaces conciertos de soprano y contralto, nos entreteníamos en agradables lecturas, o en recitar versos, o en disertar sobre algún punto literario.

Propúsonos la señora de la casa un juego de invención suya, y era poner dentro de la copa de un som-

brero nuestros nombres escritos en pequeñas cédulas, y en la de otro algunos refranes, pensamientos o máximas sueltas, a manera de lo que se hace para *sacar compadres* en las semanas que preceden a la cuaresma. Debía sacarse cada noche un nombre a la suerte, al mismo tiempo que uno de los papeles que estaban en el segundo sombrero, y aquel de nosotros que era señalado por la suerte estaba obligado a improvisar allí mismo, o bien a escribir en prosa o verso una historia, o composición de cualquier género, sobre el tema indicado por la papeleta, composición que debía ser leída o recitada en la reunión nocturna siguiente.

Aceptada con entusiasmo esta proposición, muy del gusto de las señoras, que eran afectas en extremo a la literatura, y muy competentes para tomar parte en aquella justa, se procedió a hacer el primer sorteo, y el nombre que salió de la urna fue el del joven de que ya he hablado (1).

La papeleta contenía uno de los versos de cierta canción que las señoritas habían estado cantando la noche anterior, acompañándose con la guitarra, y que por cierto nos gustó tanto que la hicimos repetir varias veces:

Es amor delirio ciego.

En el curso de la conversación nuestro amigo salió al patio con pretexto de mirar la hermosa luna que hacía, y tomar el fresco. A poco rato volvió y, sacando su cartera, se acercó a una mesa y se puso a escribir.

—Permítanme ustedes, dijo luego que hubo acabado, que me desempeñe de la obligación que me he impuesto, anticipando el plazo para pagar la deuda, siempre que haya descuento; quiero decir, que no será mañana que presentaré desarrollado mi tema sino esta noche misma, y el descuento será que, en vez de una oda o romance de doscientos versos, lea un menguado soneto.

Aceptamos gustosos, y él leyó el siguiente, que, para ser casi improvisado, no merece un juicio muy severo:

(1) El poeta José Vargas Tejada, digno hermano de Luis, y cuya muerte prematura fue una pérdida para las letras granadinas.

No más amor, *que es un delirio ciego!*
 Mi triste corazón, esclavo un día
 De su dura implacable tiranía,
 Vuelve a ser libre y disfrutar sosiego.

No más amor! ya su temible fuego
 No torna a devorar el alma mía,
 Y sosegada al fin mi fantasía,
 Al ocio dulce con placer me entrego.

Dije, y queriendo repetir ufano,
 No más amor! un lánguido suspiro
 Sin pensarlo cortó mi acento vano.

Alzo la vista y asombrado miro
 Que de Tirsa la blanca y bella mano
 Lanza contra mi pecho un nuevo tiro.

Todos dieron señales de aprobación, menos yo, que por mi parte protesté contra el asunto del soneto, como que así lo ordenaba la galantería; y esto dio lugar a una discusión que compensó con creces la sobriedad de nuestro poeta, que por lo visto era de la escuela clásica.

—Permítanme ustedes que yo dé mi opinión, dijo con reposo la señora de la casa. Creo que el señor es algo impaciente y ha abusado de su facilidad para versificar. Nos ha cogido por sorpresa, y en verdad, aunque bueno, es poco lo que nos ha dado. Hay casos en que la calidad no suple la cantidad. Por tanto propongo que saque otra cédula de las veinte que se han insaculado, y que mañana nos presente su trabajo, sin más descuentos ni anticipaciones.

—¡Que me place! Bravo! Apoyo! fueron las exclamaciones simultáneas que se oyeron.

—Que nos diga algo de esa Tirsa traicionera, o nos recite lo que para ella compusiera en otro tiempo, agregó la señorita que, entre las dos, se distinguía en el canto no menos que en la belleza.

—Convenido, dijo el poeta, y queda el asunto a mi elección, sin necesidad de tema obligado.

En efecto, a la noche siguiente, sacando su papel ante el corro que se preparaba a escuchar, dijo:

—Perdónenme ustedes que haya burlado su esperanza de oír alguna cosa medianamente buena. Sólo he escri-

to un romancillo fantástico —es el género que más me gusta— al estilo de los poetas antiguos, tal vez demasiado sencillo y desabrido; pero nadie está obligado a hacer más de lo que puede. Y en seguida leyó:

Quise cantar mis desdichas
Orillitas de una fuente,
Y a sus aguas espumosas
Darles quejas de mi suerte;
Pero no quiso escucharme,
Ni aun siquiera detenerse.
«Voy de prisa», parecía
Murmurar, corriendo siempre,
Y entre su sordo murmurio
Se perdió mi voz doliente.

Y yo tras ella corría,
Pero en vano, que no quiere
Saber desdichas ajenas
Quien entre dichas se mece.

Aquí el paso precipita,
Acá salta y allí tuerce,
O entre rocas y maleza
Se oculta porque la deje.
Ni precipicios la asustan,
Ni barrancas la detienen;
Las espumas y las ondas
Unas a otras se suceden
Y unas y otras se atropellan,
Porque todas ¡ay! me temen,
Y por huir afanosas
Entre altos montes se pierden,
A donde mi débil planta
Llegar cuitada no puede.

A llorar mi desventura
En sus márgenes sentéme,
Y eran mis lágrimas tántas
Que aumentaron sus corrientes.

Con esa implacable Tirsa
Esto mismo me sucede;
Si alcanza a verme se esconde,
Y como viste de verde
(Ay! por hacerme rabiar!)
entre el bosque se me pierde.

Si canto o silbo, se asusta,
 Si tras ella corro, vuelve
 Por senda opuesta al cortijo,
 Aunque abandonadas deje
 Las ovejas que apacienta,
 Y aunque el lobo se las lleve.
 Si la llamo, no responde,
 Si la requiebro, se ofende;
 ¡Qué he hecho yo, desgraciado!
 Ay! a quién he de volverme!

Bien hayas tú, bella amiga,
 Más dichosa que yo eres,
 Perdóna que necio envidie
 El privilegio que tienes
 Para que todos te amen,
 Te mimen y te festejen,
 Y que aun las fuentes se paren
 Por escucharte y por verte.

Bien se dejó comprender que este final iba dirigido al ojo derecho de Filipo, y que era una especie de desagravio a la bella cantora —que tanto se había interesado por Tirsa—, por haber renegado del amor en presencia suya y de su hermana.

El segundo nombre sorteado fue el de la señora de la casa, acompañándolo estos versos de Luis Vargas Tejada:

Juntos la senda de la vida hollamos
 Y juntos moriremos.

Aunque la señora era reputada como una de las poetisas americanas, no creyó sin duda conveniente entrar a disputar la palma a su antecesor, en la poesía, y se contentó con escribir en prosa sobre aquel pensamiento una interesante historieta titulada *Mis recuerdos de Tibacuy*, cuyo borrador me franqueó después, y tuve ocasión de darlo a luz en el *Museo*, periódico literario que se publicaba en Bogotá en 1839 (1) y que después se reprodujo en la *Guirnalda* y en otras colecciones.

No pudimos oír sin profunda conmoción esta pintura sencilla de las costumbres patriarcales de los habitantes del campo, y especialmente el fallecimiento casi

(1) Véase el número 4, correspondiente al 1.º de junio.

simultáneo de dos ancianos esposos, que, habiendo pasado juntos una existencia dilatada, tranquila y feliz, juntos fueron también a descansar en el cementerio de la aldea que los vio nacer. El texto que encabezaba este bello cuadro no podía ser otro que el que ya se ha apuntado.

En el tercer sorteo salió el nombre de una de las señoritas, que era aficionada a hacer versos, y aun se habían publicado algunas ligeras composiciones suyas, no escasas de mérito, en una hoja literaria. El tema que le tocó fueron estos dos versos de una comedia de Moreto:

En un punto imperceptible
La vida y muerte se tocan.

Algo triste, y pudiera decirse fúnebre, nos pareció aquel pensamiento en una sociedad de expansión y alegría, como era la nuestra, en que más inclinada estaba la mayoría a desechar congojas y penas que a meditar en la muerte, ni a filosofar con seriedad sobre ningún asunto grave; pero la galantería exigía que no tocásemos ese punto, ni hiciésemos la menor objeción.

Nuestra amiga vaciló algunos momentos, y no sin dengues y remilgos se excusó, «vista su incompetencia», excusa que no dudamos fuese sincera. ¿Por qué habíamos de dudarlo? Todos creemos y decimos lo mismo cuando llega el caso. Por fortuna la señorita tuvo el buen gusto de escribir para el siguiente día una composición breve y nada lacrimosa. ¡Ah! dije yo para mi ruana, cuando la oí: si los hombres tuviésemos *albums* para que las mujeres nos escribiesen versos y discursitos llenos de piropos, a ésta... a ésta sería a quien yo enviaría el mío, porque estoy seguro que apenas llenaría una página de mi bello libro, y no monopolizaría para sí sola la mitad o la tercera parte de él.

Nuestra poetisa nos había hablado de un grande emparrado que tenía en la huerta de su casa, tejido, entre otras cosas, por un espeso *curubo* en que había tres especies injertas, las bogotanas, las *de indio*, y las antioqueñas, y este otro tema fue el que le dio pie para sus versos, los cuales decían así, y vaya de romances:

MI CURUBO

Cuando a mi emparrado voy
En la tarde calurosa
Por gozar del grato fresco
Con que me brinda su sombra,
Me pongo a contar sus flores,
Mudas trompetillas rojas
Que cual lámparas, descienden
De la enmarañada bóveda.

Delgados hilos de plata
Adornan huecas corolas
Que se mueven al impulso
De las brisas juguetonas.
De trecho en trecho se mira
Asomarse vergonzosa,
Entre flexibles bejuocos,
Y cubriéndose con hojas,
La fruta que guarda el oro
Paraavecillas golosas;
Mientras mi pie se desliza
Sobre movibles alfombras;
Restos ya de inertes flores,
Despojos de antiguas pompas;
Bejuocos que ya no abrazan
Con sus espirales roscas
La caña en que se enredaban
Fingiéndose cariñosas.

Allí entre seca hojarasca
Que en un rincón se amontona
Se ven los restos de un nido,
Cama ya desierta y sola
Que dos amantes tejieron
Entre el misterio y la sombra.

Sin salir de mi retrete,
Que ya apenas el sol dora,
Reflexiono en el contraste
Que hacen allí tantas cosas,
Que viven o que murieron,
En confusa mezcla todas.

Si alzo los ojos contemplo
Vida y savia bienhechora,
Movimiento, lozania,
Fresco verdor, rico aroma;
Pero si al suelo los bajo,

¡Ayl nueva escena.... ¡y cuán otral
 Todo inerte, todo frío,
 Todo sin vigor ni formas:
 Lo que fuera ayer no existe....
 Lo que es hoy.... tristes escorias
 Será mañana; y así
 Todo se muda y transforma,
Que en un punto imperceptible
La vida y muerte se tocan.

Todos los extraños aplaudimos, como era natural, esta composición sencilla, aunque no exenta de defectos, y yo procuré proveerme de una copia, la cual corrió mejor suerte que la de mi compañero, que por desgracia se me traspapeló.

Al fin me tocó el turno, y mi nombre salió acompañado del antiguo refrán que dice: «no hay mal que por bien no venga».

Tuve que sujetarme al decreto irrevocable, y confieso la verdad, aquella noche no pude conciliar el sueño, pensando en que mi escaso ingenio iba a quedar poco airoso delante de los que me hablan precedido, y revolviendo en mi memoria a algún asunto que cuadrarse bien con el malhadado refrán.

Acordéme, en fin, de que aquella mañana había estado leyendo en la biblioteca de la señora algunos cantos de *La Araucana* de Ercilla, y viniéndome a la memoria el origen e incidentes de este poema, y la desgraciada suerte que estuvo a pique de sufrir su autor, me di una palmada en la frente y exclamé con gozo: este es mi asunto y me viene como mandado hacer!

A la mañana siguiente, y al punto en que comenzaba la sinfonía matinal de los innumerables toches que pueblan las huertas y campos adyacentes, ya estaba yo levantado, escribiendo mis apuntes en la pieza de la librería.

Hé aquí los borriones que entonces hice para llenar mi compromiso, y que hoy desentierro para cumplir otro no menos grato, si bien lo presento con mayor temor y desconfianza que cuando leí estos renglones a mi amable y amistoso auditorio, y después de haber hecho en ellos las modificaciones que he creído convenientes:

*«No hay mal que por bien no venga
 o un poeta condenado a muerte*

«Juzgo que no dejará de tener interés para este discreto círculo, y especialmente para las señoritas, la historia de un buen mozo. Y si al ser buen mozo agregó el haber sido guerreador y valiente, al mismo tiempo que dotado de claro y fecundo ingenio; y, si a todo esto reunió el haber sido poeta y escrito un gran poema sobre asunto americano, ese interés natural debe subir de punto.

«De un joven de esta calaña es que quiero referir a mi estimable auditorio una anécdota seria, el más interesante episodio de su vida, y puede decirse de sus milagros, porque tales pueden llamarse los hechos de heroicidad, sufrimiento, abnegación y constancia que consumaron los españoles conquistadores de América, y muy particularmente los que sujetaron el país de los belicosos araucanos.

«Y no quiero hacer con esto injuria a mis amables oyentes, a quienes supongo perfectamente instruidos en esta historia. Ellos conocen muy bien el tan celebrado poema *La Araucana*. Las señoras lo hallan siempre muy bello, no obstante aquella primera octava de la introducción que dice:

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas,
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados
Que a la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

«Como digo, el que Ercilla no se propusiese cantar las damas, ni los caballeros enamorados, ni los requiebros y devaneos, no quiere decir que el poema no sea bueno. En este, como en el *Moctesuma* de doña Gertrudis G. de Avellaneda, y como en varios otros libros españoles del mismo género, debiera subir de punto el interés para nosotros los hispanoamericanos, como que tratan de asuntos de nuestra historia continental, y como obras maestras de nuestra literatura, que tal puede y debe llamarse la literatura española, abstracción hecha por ahora de los ensayos épicos nacionales. Es, pues, muy extraño que esos libros no nos sean tan familiares como otros muchos, tal vez de inferior mérito.

«Pido a ustedes perdón, si me he entretenido más de lo que pensaba en estas observaciones, ajenas del objeto que me proponía. El nombre de *Ercilla*, célebre en las letras como en las armas, está tan íntimamente ligado con el de su obra maestra, que no es posible hablar del uno sin mencionar la otra. Voy a mi asunto.

«No os figuréis, amigas mías, que *Ercilla* era un viejo de ceño adusto, cabello desgreñado y aspecto repugnante: no! al contrario, figuraos un joven hermoso, de gallarda presencia, de pera negra y poblada, esmerado en su persona, ojos vivos y centelleantes, facciones regulares, aire noble y distinguido, donoso en el decir, versificador eximio, cortés con los caballeros, rendido con las damas, valiente como el *Cid*; y tendréis un imperfecto retrato suyo. Figuraos todo esto, y decidme si el poema de *La Araucana* podría ser despreciable para una mujer.

«Ese joven, de acomodada familia y de esmerada educación, ardiendo en deseos de gloria había venido a la conquista de nuestra América, no os diré cómo ni por dónde porque esto no hace a mi propósito. La suerte, más bien que su propia elección, lo trajo al país de Arauca, hoy Chile, porque no siempre el hombre va a donde lo llaman su deseo o su conveniencia. Si así fuera, Miguel de Cervantes habría venido a Santa Fe de Bogotá, a donde solicitó con instancia ser destinado por el gobierno español, y a cuya petición se dio carpetazo, privándonos así a nosotros de esta gloria. Pero “no hay mal que por bien no sea”.

«Preparábase por abril de 1558 una gran fiesta en la recién fundada ciudad llamada la *Imperial*, para celebrar la proclamación del Rey de España, Felipe II, después de haber obtenido las fuerzas que mandaba don García Hurtado de Mendoza un espléndido triunfo sobre los indómitos habitantes de aquella comarca. Entre los varios juegos de cañas, lanzas, toros y otros ejercicios gimnásticos, propios de la época y de la vida de campaña que llevaban los conquistadores, se había presentado el de un estafermo fijado en un alto mástil, en mitad de la plaza. Gran número de garbosos jinetes le embestían sucesivamente hiriéndolo de lleno con una caña, y aquel que con más destreza lo hacía, escapando el golpe que, al girar, debía darle el estafermo con

unas pesadas bolas de hierro que tenía en las manos, era aplaudido por su agilidad.

«Militaba entonces con Ercilla y con otros varios hijos de las más ilustres casas de España el famoso en armas don Juan Pineda, joven de fogoso carácter y de un valor a toda prueba, pero vano y ensimismado. Es de suponerse que algún motivo pueril de discordia existiese ya entre Ercilla y Pineda, pues lo cierto es que con ocasión de aquella fiesta, y como ambos tomasen parte en el juego dicho, armóse disputa entre ellos sobre si a Ercilla le habían rozado en la espalda los bolillos del estafermo, sobre si Pineda anduvo menos afortunado que el otro, perdiendo los estribos y dejando ladear la silla, y sobre otras cuestiones de la laya, propias más bien de jóvenes imberbes y bisoños que de guerreros cubiertos ya de gloria y cicatrices.

«De las palabras pasaron a las amenazas, y de éstas al escándalo de desnudar las espadas y retarse atropelladamente en presencia del pueblo y de sus demás conmitones, y delante de la puerta de la iglesia principal, en que a la sazón se celebraban pomposas vísperas. Pero no paró aquí la reyerta, sino que los espectadores, en vez de mediar y poner paz entre los contendores, tomaron parte en la refriega, así los nobles como la plebe. Los amigos de Ercilla como los partidarios de Pineda echan mano de sus armas, empiezan a sacudirse sin compasión, y se atacan unos a otros como pudieran hacerlo por motivo de más consecuencia.

«Por fortuna el Gobernador Hurtado llega oportunamente al lugar de la escena para calmar la tempestad, e impuesto de la querella, manda arrestados a Ercilla y a Pineda. Este magistrado, severo en extremo y muy celoso del orden y disciplina, no podía dejar sin castigo tamaño desacato, y levantando la información de los hechos, sometió a los acusados a un Consejo de guerra para que los juzgase con arreglo a las leyes militares.

«Participando el Consejo, en apariencia, también de esta misma severidad, y de las influencias de mezquinas rivalidades, antipatías y antiguos resentimientos; puestas a un lado consideraciones de alta conveniencia, y alegando con malicia inferirse claramente del proceso que el hecho era premeditado, y que no había tenido otro objeto que el de promover un motín de grande

trascendencia para desobedecer a Hurtado y deponerlo del mando, sobre lo cual había habido ya rumores, los sentenció a ambos a la pena capital.

«Aguardábase con ansiosa impaciencia el resultado de este juicio marcial, y la consternación que él produjo entre los que sabían y estaban persuadidos de que la querrela, aunque grave por el escándalo, había sido puramente casual e indeliberada, llegó a su colmo cuando se supo cuál era la sentencia cruel dada por el Consejo y confirmada por el Gobernador. Proclamóse ésta en el mismo día, haciéndose saber los fundamentos en que se apoyaba; y a la fiesta y alegre algazara del anterior sucediéronse la tristeza general y la pena más profunda entre los amigos y parciales de uno y otro, y aun llegaron a vislumbrarse síntomas de un serio descontento, de que eran anuncios nada equívocos las murmuraciones que circulaban, particularmente entre los soldados de Mendoza.

«Ni uno ni otro reo habían querido defenderse: ellos apelaban al testimonio público y a la notoriedad de los hechos; y del asesinato que iba a cometerse en sus personas hacían responsables ante Dios y ante la sociedad a sus inicuos jueces, elegidos, tal vez intencionalmente, por Mendoza entre sus bien conocidos enemigos.

«Todo estaba preparado para el fúnebre espectáculo, y los dos jóvenes capitanes arreglaban sus conciencias y sus negocios temporales para entregar muy pronto su cuello al verdugo y su alma a Dios. Conociendo el carácter de Hurtado, nadie se atrevía a interceder por las inocentes víctimas; pero esta ejecución era tan repugnante, la sentencia tan notoriamente injusta y apasionada, y la condición, la edad y las prendas de los reos inspiraban tanto y tan tierno interés en la población, que algunos de sus mismos compañeros de armas, y otras personas principales se abocaron por fin con el Gobernador y le hicieron presente la impolítica, y aun la injusticia de tal procedimiento; la conveniencia de morigerar la pena, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes del hecho; y finalmente, le hicieron notar que la sentencia de muerte por sí sola, y la pena atroz que ya habían sufrido los condenados en la capilla, eran más que suficientes para producir el efecto de un saludable escarmiento por lo pasado y para lo futuro.

«No faltaron lágrimas femeniles y tiernos sollozós que se mezclasen a aquellas súplicas; y aun se cree que el ángel de guarda de alguno de los dos mancebos, disfrazado en figura de una hechicera joven, vino a arrojarse a los pies del implacable Hurtado, y, estrechando entre ambas manos sus rodillas, logró ablandarle el corazón. Así se verificó aquello que dijo el poeta:

Que tanto puede una mujer que llora.

«El nuevo Coriolano prometió rever el proceso y la sentencia y resolver lo conveniente; y, retirado a su estancia, conferenció de nuevo con sus aláteres. La consideración de los graves males que podría atraer aquel paso precipitado e impopular, en las circunstancias en que se hallaba a la sazón el ejército; el tener los sentenciados sobrado número de amigos de valía, y pertenecer a familias respetables en la Corte; pero, más que todo, algún secreto halago que le ofrecía aquella conferencia con la anónima dama, fueron motivos poderosos para desarmar la severidad del Gobernador y atajar la venganza de sus aduladores.

«Decretóse, pues, al anoecer del mismo día, la conmutación de la pena capital en la de destierro, fundándola en la cláusula de *justificada impremeditación*.

«Ercilla, sereno siempre, impávido, y de al magrande, recibió con aparente indiferencia la nueva de su perdón; y, con aquella dignidad que le era propia, entregó el mando de su gente, y despidiéndose de sus compañeros de armas, se retiró incontinenti.

«Dice un antiguo refrán que *no hay mal que por bien no sea*, y en el caso presente es de una aplicación exactísima. Ercilla, sustraído ya del ruido importuno de las armas; tranquilo en el retiro que había elegido, mientras se le presentaba oportunidad de volver a España; lejos del teatro donde se representó este drama terrible; excitada su vena poética y risueña imaginación con las escenas apacibles y encantadoras de aquel Edén; inspirado por los rumores de los bosquecillos que rodeaban su modesto albergue, por el murmurio de las aguas, por las auras embalsamadas, y, en fin, por todas aquellas voces del cielo que, en medio del silencio de la naturaleza, adormecen al poeta y lo elevan en éxtasis celestiales; continuó, y casi dio fin, a ese

poema inmortal que había comenzado a escribir entre el estruendo de la guerra y en los vivaques; ese poema en que, con tanta verdad como maestría, cantó el heroísmo de los castellanos y la bravura de los hijos de Arauco.

«¿Y qué habría sido de esa obra admirable de su ingenio sin la querrela imprudente de la Imperial? Es, pues, cierto que *no hay mal que por bien no venga*.

«Martínez de la Rosa, como ustedes saben, hablando de este poeta, dice: “Al ver brillar tantas bellezas en el poema de Ercilla, recuérdanse con pesadumbre tantas circunstancias reunidas contra la gloria de un poeta de pocos años, que sólo escribía retazos de su poema en los ratos que robaba al preciso descanso, perseguido por la adversidad, y que no halló en su vida errante y borrascosa ni ocasión de madurar un plan completo, ni de consultar el dictamen de personas inteligentes. Apenas se concibe como fue bastante su grande ingenio a superar tales obstáculos y levantarle a tanta altura”.

«En cuanto a Pineda, el desenlace de este drama fue muy diferente: impávido también, y de un temple de alma poco común, no pudo, sin embargo, resistir tan dura prueba. Afectólo en extremo, no ya el temor de una muerte que tantas veces había desafiado en los combates y peligros, sino más bien la crueldad, la injusticia y la ingratitud de sus jefes y compañeros de armas; y aquel golpe, tanto más duro para él cuanto más noble era su corazón, produjo tal cambio en su carácter y en sus ideas, que, desengañado del mundo, y desvanecido delante de sus ojos el humo vano de la gloria, se retiró del campamento y renunció hasta de la sociedad. Y mientras el poeta conquistador colgaba su espada victoriosa y sus laureles, y se daba a cantar las proezas de que había sido testigo, su compañero de infortunio también desceñía los suyos y se despojaba de sus arreos militares para vestir el hábito del orden de San Agustín en un convento de Lima, según lo reza la leyenda, y allí celebraba las glorias del Criador, entregado a una vida de ejemplar virtud y de santa conformidad».

Bien les pareció este rasgo de la vida de Ercilla, que algunos de los que allí estaban conocían ya. Pero una voz femenil dijo:

—Creíamos que usted iba a darnos algo en verso.

—Pues en este episodio hay tela para un poema entero, repliqué; pero no sería yo quien acometiese tamaña empresa.

—Cómo no! siendo usted poeta....

—No lo niego, pero los versos que hago son muy malos.

—Vamos! ya que todos hemos tenido la condescendencia de hacer un ensayo.... dijo la del *curubo*.

—Con perdón de ustedes, la señora de la casa nos ha dado un bellissimo episodio en prosa, si es que prosa puede llamarse ese lenguaje ingenuo, ese colorido encantador y esa acabada descripción de las más apacibles escenas, a que ni la rima ni el ritmo habrían dado quizá mayor realce, y nadie ha reclamado.

—Ya le llegará su tiempo, y en verdad que no nos dejará desairados.

—Vamos! aunque sea un soneto, como el del señor Vargas.

—Precisamente es lo más arduo. Si fuera una oda, una epístola.... Sin embargo, con veinticuatro horas de plazo, tal vez me atreveré a hacerlo.

—Veinticuatro horas!

—Es lo menos que puede pedir para ello cualquiera que no sea Quevedo o el licenciado Tomé de Burguillos.

—Nada, nada! Una hora a lo sumo.

Tuve que resignarme, y, traídas las cédulas, me hicieron sacar una que tenía escrito el título de la comedia de Calderón *La vida es sueño*, y me retiré al jardín inmediato, donde a la luz de la luna me senté al pie de un gran caucho. Y héme aquí, nuevo Mozart, que, a la edad de doce años, desarrollaba su tema musical con plazo de media hora, en la grande Academia de Milán: sólo que el famoso maestro llamó a la puerta de la pieza donde lo habían encerrado, antes de veinte minutos, para salir y causar la admiración y el pasmo de los viejos académicos, y del mundo entero, con el admirable desarrollo en contrapunto del tema que le habían dado; mientras que yo, infeliz de mí, me calentaba el magín y ponía en prensa mi estéril vena por hacer catorce versos, siquiera medianos. Está visto que los versos *de compromiso*, o de encargo—sea para *álbum*, sean para certamen, para cumpleaños, o epita-

amio para novios—, son el parto más laborioso a que puede verse sujeto un infeliz poeta. Si la inspiración se vendiera en tiendas o boticas, éste haría cualquier sacrificio en tales casos para comprar a peso de oro, siguiera fuese una dracma.

Al fin salí—o mejor, entré—lleno de confusión, en busca de mi pequeño público, y con voz grave dije así, sentándome en medio del corro, que aplaudió al verme:

LA VIDA ES UN SUEÑO

Sueño es la vida! Calderón lo dijo,
Y el buen viejo estudiado lo tendría;
—La frase por supuesto que no es mía,
Que de un fraile molondro la prohijo.—

Mas con el buen señor yo no transijo,
Aunque parezca extrema mi osadía:
Sueño serán la frivola alegría,
Y de la ciencia el afanar prolijo;

Sueño el placer, las fiestas, los honores
Y la embriaguez de locas bacanales,
O de fama o riqueza el vil deseo;

Mas la angustia, las penas, los dolores
Que el infeliz registra en sus anales,
¿Sueño serán también?... Yo no lo creo!

Nadie se atrevió a ser el primero que dijese *bravo!* aguardando a oír la opinión de los demás. Entre tanto pasó la oportunidad de los aplausos, y esto no dejó de hacer un ligero rasguño en mi amor propio, que creía haber hecho, si no un servicio, por lo menos una galantería. Pero *amicus Platus, magis amica veritas*. Yo soy muy amigo de la verdad y acepté el fallo que el elocuente silencio de mi auditorio había pronunciado.